

ENTREVISTA A MARIO ARRESEYGOR

Juan Pablo Gascón
Clang (N.º 4), pp. 11-17, abril 2016
ISSN 2524-9215

ENTREVISTA A MARIO ARRESEYGOR

Juan Pablo Gascón

juanchigascon@hotmail.com

Facultad de Bellas Artes. Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Mario Arreseygor es profesor titular ordinario de la cátedra Guitarra de la Licenciatura en Música, orientación Educación Musical, desde 1990 y profesor titular de la cátedra Guitarra, orientación Guitarra, entre 1987 y 2006. Es docente investigador desde 1994.

¿Cómo surge tu inquietud por la práctica y por el estudio de la música?

Bueno, parece una pregunta sencilla, pero cuando se escarba en los recuerdos, uno se da cuenta de que lo que motivó mi relación con la música no fue un solo estímulo, sino varios. Nací en un hogar en el que mi abuelo materno, venido de España, trajo la música de su pueblo, mi madre la cantó, un tío dirigió coros, otro estudió piano y mi padre compartió con gusto este ambiente. La música académica, la música popular y todo lo que podíamos hacer con el canto y con rudimentarios instrumentos eran parte de mis juegos.

Un buen día, a un amigo del barrio le compraron una guitarra. Me apasionó. Al verme con entusiasmo, mis padres hicieron un esfuerzo: me compraron un instrumento y costearon mis primeros estudios. El profesor de barrio, don Rafael Valdéz –así se llamaba– me hizo comprar un cuadernito pentagramado que nunca debía olvidar. Allí anotaba una serie de operaciones con blancas, negras y corcheas que debía resolver durante la semana. Pero la música podía más. El día de la clase, cuando no olvidaba el cuadernillo, se lo daba como quien entrega la prueba de algún delito. Pero hubo momentos esperados. Se producían cuando él tomaba la guitarra y lo invadía una intensa y extraña pasión por tocar ante el pequeño público que



yo representaba. De esa manera supe que, detrás de mi incipiente amistad con las figuras, existía algo más que no dependía de la habilidad de los dedos, pero que todavía no podía definir. Cuando llegó el momento de mis estudios secundarios, mis padres se enteraron de que la Universidad ofrecía un bachillerato especializado en arte; una de las especialidades era guitarra. Me inscribieron, aprobé la admisión y comenzaron seis años hermosos en el Bachillerato de Bellas Artes.

¿Cuáles fueron tus vivencias más gratificantes como músico?

El Bachillerato de Bellas Artes me permitió vivencias no sólo musicales; eran experiencias artísticas a través de las que conocí distintos lenguajes artísticos. De la mano de la profesora María Herminia Antola de Gómez Crespo, continué mis estudios de instrumento durante el bachillerato, donde tuve oportunidad de vivir diversas situaciones de encuentro con el público. Ese momento que desvela a tantos estudiantes y a músicos ya formados, tuve la posibilidad de conocerlo tempranamente en todo acto festivo. Las fechas patrias, las conmemoraciones, los encuentros estudiantiles se transformaban en hechos artísticos que me dieron una experiencia invaluable al tener que enfrentar con mi guitarra las dificultades que todo escenario plantea.

También, durante el bachillerato se formó un coro del cual formé parte y me acercé a otro repertorio. Una anécdota: el director, que había detectado mi entusiasmo, me propuso dirigir una obra de Palestrina. Acepté, por supuesto, y pasé días y días delante de una partitura, frente a un espejo, estudiando cada uno de mis movimientos. Llegó el día esperado después de muchos ensayos, y ya frente al coro, di la nota de referencia. Comenzó la obra. No sé si hubo un traslado inconsciente a la Capilla Sixtina o fue simplemente una distracción, producto del miedo que me recorría, pero aquella polifonía meditada, bendecida por la belleza de un sentimiento religioso profundo, se convirtió en un rumor indefinido. Fueron instantes solamente, luego el grupo fijó un punto de encuentro –eran buenos y solidarios camaradas–, y la obra llegó a los aplausos de rigor. En aquella situación aprendí que a los errores hay que sacarles provecho. Y pasarlos.

De esta agrupación coral surgió un grupo vocal, que tomó rumbos profesionales y aún hoy permanece en actividad: el Quinteto Vocal Tiempo. Lo integré cantando durante un tiempo, luego pasé a ser su arreglador. Esta se convirtió en la primera experiencia fuera del ámbito del bachillerato que disfruté con plenitud. En este grupo coloqué gran parte de mis expectativas: abrazábamos el folklore del Movimiento del Nuevo Cancionero de los años sesenta y comienzos de los setenta, música y compromiso político, el gran público, la grabación de discos, distintos escenarios compartidos con figuras conocidas, algún que otro viaje...

Las experiencias que cuento no eran sólo gratificantes, sino altamente formativas, tenían un eje que, sin manejarlo conscientemente, me gobernaba: la creación. Es lo que me interesó siempre. Gran parte de mi experiencia musical estuvo canalizada en la actividad con el conjunto Juglerías. Fue otra experiencia muy fuerte. Década del setenta. Éramos todos instrumentistas, también cantábamos, disfrutábamos del abordaje de músicas provenientes de diferentes épocas, períodos, estilos. Una sonata barroca seguida de un tango, una cantiga medieval y un carnavalito, una mezcla atrevida de distintas músicas que marcaba una ruptura con la concepción tradicional del concierto.

Partiendo del hecho de que el recital, el momento frente al público, es la situación de comunión artística en la que se plasma una relación sin igual, las charlas sobre la manera de organizar los conciertos fueron riquísimas. Éramos cultores de expresiones musicales provenientes de diferentes estilos: ¿cómo hacer, entonces, para sostener el ritmo de un recital y jugar con el tempo del encuentro? De estas charlas, discusiones, diálogos, surgió una forma de organización que nos identificó. Se trataba de crescendos, diminuendos, fortes, pianísimos, de los recitales en los que no faltaban textos, invenciones, poemas, aplicados no sólo a la música, sino al concierto en su totalidad. Con un repertorio ecléctico salíamos al encuentro de públicos diversos y tocábamos un día en el Salón Dorado de la Municipalidad y al día siguiente, tal vez, en un club de barrio. El resultado fue magnífico. Con este grupo incursionamos, también, en la música para niños en diversos espectáculos de teatro musical.

De Juglerías tendría mucho más que comentar, pero no es el sitio. Sólo un episodio. Fue en Corrientes. El recital para niños que nos habían invitado a realizar transcurrió en la capital, con normalidad. Al día siguiente nos esperaban los habitantes de Santa Ana, un lugar cercano a la capital. Cuando llegó el momento, nos trasladaron; era una noche espléndida y la plaza estaba colmada. Comenzamos con nuestro recital al aire libre frente a un auditorio atento y silencioso, pero cuando nos encontrábamos en los momentos finales, estimulados por el vínculo con el público, un compañero del grupo me dice: «Chango: seguime en La mayor». Se adelantó y lo seguí, haciendo honor a mi sobrenombre y a mi alma de guitarrero, sin conocer exactamente qué se proponía. Cuando creció el chamamé, un sapucaí ancestral surgido de la tierra, nos enseñó cómo se empañan los ojos cuando un pueblo se reconoce, cuando lo convoca su sangre.

Compartí con la cantante y amiga Mary Gondell un espectáculo al que llamamos «De los cantos de España», en los Teatros de San Telmo, y, luego, en el Teatro Cervantes durante varias temporadas en los años ochenta. Hice los arreglos para guitarra, tocaba gaita, percusión y Mary cantaba las melodías que habíamos recogido del mosaico cultural de la península ibérica que tanto ella como yo heredábamos de nuestros entornos familiares. Otra experiencia hermosa y enriquecedora.

Los espectáculos para niños y la intensa actividad docente y musical en la conducción de grupos vocales e instrumentales de jóvenes y de niños en el Taller de los Sonidos acompañaron la etapa predecesora de mi inclinación por la creatividad como eje de la docencia.

¿Cómo fueron tus comienzos en la actividad docente?

Comencé a los 18 años y luego de un breve paso por una escuela primaria me llamaron de la Facultad de Bellas Artes para ofrecerme un cargo docente en la localidad provincial de Guaminí. Trabajar en ámbitos rurales es una experiencia inolvidable (también trabajé en Magdalena). A los alumnos de estos lugares se sumaban otros de las vecindades, que llegaban muy interesados con la nueva experiencia. Luego de un breve paso por la Escuela de Arte de Berisso, consolidé mi trabajo docente en la provincia de Buenos Aires en el Conservatorio de Música Gilardo Gilardi. Después, me incorporé a la Universidad Nacional de La Plata, en la Facultad de Bellas Artes, como titular de una materia de la carrera Educación Musical en la que me desempeño en la actualidad.

Tras el paso por instituciones que proponían un enfoque tradicional de la enseñanza de la guitarra, en la universidad volví a encontrar un espacio en el que podía potenciar la creatividad como contenido y proveer a la enseñanza instrumental de nuevos horizontes a través de la incorporación de renovados recursos pedagógicos. La docencia, tal como es concebida en la universidad, como una actividad frente a alumnos que incluye la investigación, permite el desarrollo de una concepción comprometida y creativa de la educación.

Comencé como profesor de la asignatura Guitarra perteneciente a la carrera Educación Musical y, al poco tiempo, me encontré frente a la titularidad de la asignatura Guitarra de la carrera homónima, lo que determinó mi designación como responsable del área de guitarra. En todas estas actividades docentes, mi objetivo siempre fue no sólo el trabajo de reproducción e interpretación de obras de autor, sino, también, el desarrollo de la creatividad como contenido central del aprendizaje, motor de las más diversas experiencias con el instrumento en el terreno musical.

En tu rol docente en la Facultad has explorado aspectos didácticos orientados al armado de arreglos. Si bien esta práctica está hoy bastante naturalizada dentro del espacio áulico, en aquel momento era una propuesta innovadora.

Al tomar a mi cargo la materia Guitarra cabían dos posibilidades para la estructuración de los contenidos: el primero era la continuidad de lo que el programa en vigencia planteaba, que se podría resumir como la progresión

de una secuencia de estudios y de obras que llevarían al dominio del instrumento, y la segunda se centraba en incorporar contenidos –sin descuidar la formación instrumental– que apuntaran a la creación, a la práctica y al desarrollo de capacidades que tuvieran relación con objetivos de la carrera Educación Musical, a través de la guitarra como instrumento acompañante del canto. El arreglo, en este caso el trabajo con el auto-acompañamiento, fue el vehículo que permitió el desarrollo de esta línea de producción. Los alumnos tomaban una canción y elaboraban un acompañamiento. Se trataba de individualizar rasgos característicos de la canción y auto-acompañarse con expresividad en base al arreglo realizado. Cada alumno encontraba, de esta manera, nuevo sentido a su trabajo a través de la interpretación de su propia producción.

El arreglo permitía, a través de otros caminos, acceder a contenidos incorporados al programa de la cátedra. La marcha armónica ya no se conocía sólo teóricamente, sino que se la cotejaba con necesidades de la estructura, del estilo, de la expresividad. El ritmo, el tempo, el registro, la alternancia de solos instrumentales o vocales, se encontraban imbricados en los arreglos, por lo que el análisis, el reconocimiento de sus componentes, permitía un mayor dominio sobre ellos a la hora de lograr un producto musical con características expresivas.

El artista, el creador, en algún momento del proceso se encuentra con el famoso *papel en blanco*. Es la circunstancia en la que, paradójicamente, ninguna idea aparece pero todas están allí. El problema es cómo descubrir un motivo expresivo, un disparador, que permita, en un proceso, seguir avanzando. Al recurrir a la etimología del verbo *crear* nos encontramos con dos raíces verbales complementarias. «Crear» sugiere la idea de inventar a partir de la nada, asociada a la de inspiración. «Crear» alude al proceso durante el cual se elabora algo nuevo. Al surgimiento de una idea original, le sigue un proceso que, paso a paso, conduce a la concreción del producto. El motivo inspirador, seguido de un proceso de elaboración, permite pensar que existe un camino por el cual es posible aproximarse a la *sistematización del proceso creativo*. Se trata sólo de trazar un camino que cada alumno, cada personalidad, cada creador podrá, posteriormente, enriquecer. Esta es la estructura que, en rasgos generales, tienen las asignaturas a mi cargo en el ámbito de la Facultad de Bellas Artes.

Cuando me encontraba a cargo de la asignatura Guitarra de la carrera homónima, y en concordancia con el interés de autoridades, de docentes y de alumnos, impulsé la creación de una línea de trabajo que permitiera, además del abordaje del repertorio tradicional, la incorporación de obras pertenecientes al rico bagaje de la música popular argentina, latinoamericana y composiciones y arreglos de los alumnos. A partir de esta inquietud, dentro de la asignatura, coexistieron desde el año 2000 dos posibilidades de formación: el «Enfoque I» que mantenía su relación con los

contenidos tradicionales del estudio instrumental y el «Enfoque II» que creaba un espacio de reflexión y de creación de nuevos materiales por parte del alumno. Quizás esta división haya sido uno de los antecedentes de la hoy vigente y muy aceptada carrera de Música Popular.

El énfasis en lo creativo ha sido para vos un elemento de suma relevancia al encarar la enseñanza instrumental. ¿Cómo llegaste a esa convicción?

Lo que comenté antes creo que, de alguna manera, da respuesta a esta pregunta, pero podemos encadenar lo expresado y relacionar el trabajo con lo que fue una constante en mi relación con la actividad musical. En mi vida cotidiana ha sido permanente el impulso por componer temas sobre la base de la musicalización de poemas de autores contemporáneos. De la imbricación música, trabajo y vida, no podía surgir una propuesta docente que dejara de lado la faz productiva, la creación.

La vida musical en mi entorno familiar, la formación recibida en el Bachillerato de Bellas Artes, la Facultad de Bellas Artes, el Quinteto Vocal Tiempo, Juglerías, el Instituto de enseñanza musical Taller de los sonidos –llevado adelante junto con mi compañera, Susana Gorostidi–, el espectáculo con Mary Gondell, los espectáculos para niños y tantas otras experiencias, marcaron la búsqueda de la creatividad en cada una de mis actividades.

Te has dedicado muchos años al estudio de la informática aplicada a la música. ¿Cómo fue esa experiencia?

En mi actividad en investigación, los objetos de estudio de mis trabajos tuvieron como componente fundamental la informática. Los primeros emprendimientos apuntaban al desarrollo de piezas experimentales de software, destinados al aprendizaje musical con contenidos muy específicos, desprendidos de la actividad desarrollada como docente en el Taller de los Sonidos.

Como consecuencia de la matrícula creciente que tuvo la Facultad en los últimos tiempos, la investigación estuvo orientada, además, a dar respuesta a las innumerables y nuevas situaciones que se presentaban. Fue intenso el trabajo de informatización de materiales didácticos para docentes y para alumnos aplicados en asignaturas de las carreras de música de nuestra Facultad. La informática musical, gracias al trabajo de investigación que desarrollé junto con un gran número de colegas, dio respuesta, mediante sus recursos técnicos, a las nuevas exigencias que en algunas asignaturas se presentaban.

¿Cómo caracterizarías el desarrollo que ha tenido nuestra Facultad desde el momento en el que ingresaste como estudiante hasta estos días?

Mirá, el desarrollo que ha tenido nuestra Facultad es muy importante y seguirá siéndolo. Cuando llega el momento de dar clase, subo las escaleras y, sin proponérmelo, vuelven los pasillos de la adolescencia que se entrecruzan con estos de hoy en día, cargados de exposiciones, de ensayos vocales, de conciertos reverberantes de entusiasmo y la presencia de una juventud que siempre se convierte, dentro y fuera de la Facultad, en motor de la historia. La Facultad de Bellas Artes fue, es y será un emblema de la formación artística.